

LOS NIÑOS PERDIDOS

(UN ENSAYO EN CUARENTA PREGUNTAS)

VALERIA LUISELLI

PRÓLOGO DE JON LEE ANDERSON

estudio
de
texto
de
página

Los niños perdidos

Los niños perdidos
(Un ensayo en cuarenta preguntas)

VALERIA LUISELLI

PRÓLOGO DE JON LEE ANDERSON

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © VALERIA LUISELLI, 2016

Primera edición: 2016
Segunda edición: 2017

Prólogo
© JON LEE ANDERSON, 2016

Traducción del prólogo
© EDUARDO RABASA

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2014
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madraza, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
EMILIO ROMANO

Conversión a libro electrónico
Newcomlab S.L.L.

ISBN: 978-84-16358-83-0

Índice

PORTADA
CRÉDITOS
PRÓLOGO
I. FRONTERA
II. CORTE
III. CASA
IV. COMUNIDAD
NOTA SOBRE LAS ENTREVISTAS
FUENTES
AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

POR JON LEE ANDERSON

En *Los niños perdidos. (Un ensayo en cuarenta preguntas)* no hay respuestas, tan sólo más preguntas. En este urgente, cautivador y magnífico pequeño libro, las preguntas formuladas por Valeria Luiselli son las suyas, las de su hija, y las que se topa en el cuestionario de admisión para los niños indocumentados, el documento elaborado por un grupo de abogados migratorios estadounidenses para entrevistar a las decenas de miles de niños centroamericanos que llegan cada año a los Estados Unidos, tras ser traficados por la frontera mexicana. Estos niños son los miembros más vulnerables de un continuo éxodo de centroamericanos que huyen de la pobreza y la violencia en sus derruidas naciones, con la esperanza de encontrar una vida mejor en los Estados Unidos. Muchos de los niños son violados, asaltados, y algunos son asesinados en el camino.

Como mujer y madre mexicana, que a su vez vive en los Estados Unidos –atravesando sus propias penurias con el Servicio de Inmigración y Naturalización para obtener la Green Card que le otorgaría la residencia y el permiso para trabajar en ese país–, Luiselli quedó pasmada ante las noticias del incremento en el flujo de niños refugiados durante el verano de 2014. Comenzó a trabajar en una corte de inmigración en la ciudad de Nueva York como intérprete, donde se le asignó la tarea de auxiliar a los niños refugiados con el cuestionario, realizándoles las preguntas primero en español, y después traduciendo sus respuestas. Dependiendo de lo que respondieran, podrían o no obtener algún tipo de protección legal, así como un futuro en los Estados Unidos. Sin embargo, Luiselli pronto advirtió que era imposible encuadrar las vidas de los niños en las casillas provistas para anotar sus respuestas: «El problema es que las historias de los niños siempre llegan como revueltas, llenas de interferencia, casi tartamudeadas. Son historias de vidas tan devastadas y rotas, que a veces resulta imposible imponerles un orden narrativo».

Este libro es el resultado de la experiencia de Luiselli, donde las preguntas realizadas a los niños refugiados se han convertido en una vía para que ella esboce preguntas sobre la naturaleza de la fa-

milia, sobre la niñez y la comunidad, y sobre todo, sobre la identidad nacional y la pertenencia. En algún momento se embarca en una fascinante disquisición sobre la compleja naturaleza de la atracción que ejercen los Estados Unidos en gente como los niños refugiados y sus familias —e incluso ella misma—, a pesar de la naturaleza hostil del país, su racismo velado y no tan velado, y su desinterés oficial en la existencia de todos ellos: «“¿Por qué viniste?”. A veces, me lo pregunto yo también. Pero no tengo una respuesta. Antes de venir a Estados Unidos, sabía lo que otros sabían: que la aparente impenetrabilidad de las fronteras y la dificultad burocrática de los laberintos migratorios era sólo una capa que había que atravesar, y que del otro lado tal vez esperaba una vida posible. Supe luego que los que se van empiezan a recordar su lugar de origen como si estuvieran viendo el mundo a través de una ventana durante el mero culo del invierno (...) En Estados Unidos, quedarse es un fin en sí mismo y no un medio: quedarse es el mito fundacional de esta sociedad. En eso nos parecemos todos los que llegamos, sin importar nuestras condiciones previas y circunstancias actuales: todos abrevamos en las aguas de ese mito. Los que llegamos aquí, empezamos, de forma inevitable y quizá irreversible, a querer formar parte del gran teatro de la pertenencia».

El libro de Valeria Luiselli aparece mientras se vive una coyuntura particularmente álgida entre su país de origen, México, y su patria adoptiva, los Estados Unidos. Conforme la campaña presidencial estadounidense entraba a su recta final en 2016, la naturaleza de la relación de los Estados Unidos con México se convirtió en una de las principales plataformas en la candidatura del magnate republicano, Donald Trump, quien famosamente se refirió a los mexicanos como intrusos no bienvenidos, como «violadores, ladrones y asesinos», y realizó un llamado para construir un muro a lo largo de la frontera. Por si fuera poco, en un aparente esfuerzo por acentuar la humillación del gesto, siempre insistió en que «los mexicanos lo pagarán».

Frente al alucinante clima político actual, en donde ideas intolérantes y sectarias sobre la identidad nacional y la raza han adquirido una prominencia hasta un grado no visto durante muchas décadas en distintos lugares del mundo, las declaraciones de Trump le han procurado un cuantioso y desalentador número de seguidores en los Estados Unidos, y ha quedado claro que los miedos y el odio que ha desatado no serán fáciles de superar. ¿Qué significa esto para los niños refugiados y sus familias, quienes huyen de comunidades resquebrajadas hacia los Estados Unidos, con la esperanza de recomponer sus vidas? Valeria Luiselli no pretende conocer la respuesta, pero tiene claro que, sin importar la recepción de la que sean objeto en los Estados Unidos, los niños seguirán llegando mientras exista la necesidad de que escapen a realidades demasia-

do escalofriantes como para hacerles frente: «Los niños se van, corren, huyen de parientes, vecinos, maestros, policías, gangas: de todas o casi todas las personas que los rodeaban». Y les espera una realidad desconcertante y amenazadora, que les ofrece pocos asideros para ayudarles a adaptarse. Tras pasar seis meses aclimatándose a la vida en el rudo barrio de Hempstead, en Nueva York, un niño hondureño le cuenta a Luiselli lo que ha aprendido hasta el momento: «Hempstead es un hoyo de mierda lleno de pandilleros, igual que Tegucigalpa».

Mientras su madre escribía este libro, la hija pequeña de Luiselli escuchó algunas de las historias de los niños, y le preguntaba con insistencia, como suelen hacer los niños: «Mamá, dime, ¿cómo termina?». Valeria tampoco puede ofrecerle una respuesta pues, hasta el momento, no hay finales felices. Sin embargo, en las últimas páginas del libro, la autora ofrece un pequeño atisbo prometedor, expresado a través de una valiente decisión de diez jóvenes estadounidenses, sólo un poco mayores que los niños que responden a los cuestionarios, que así mostraron su solidaridad y falta de indiferencia ante la crisis de los refugiados.

Éste es un libro profundamente conmovedor, que en sus poco más de cien páginas, con su título simple, provocador, se presenta como una historia sencilla, guiada por cuarenta preguntas. Sin embargo, nos encontramos ante una historia de gran fuerza, hermosamente narrada por Valeria Luiselli. Estoy seguro de que todo aquel que lo lea no se arrepentirá, ni lo olvidará tan fácilmente.

I
FRONTERA

«¿Por qué viniste a los Estados Unidos?». Ésa es la primera pregunta del cuestionario de admisión para los niños indocumentados que cruzan solos la frontera. El cuestionario se utiliza en la Corte Federal de Inmigración, en Nueva York, donde trabajo como intérprete desde hace un tiempo. Mi deber ahí es traducir, del español al inglés, testimonios de niños en peligro de ser deportados. Repaso las preguntas del cuestionario, una por una, y el niño o la niña las contesta. Transcribo en inglés sus respuestas, hago algunas notas marginales, y más tarde me reúno con abogados para entregarles y explicarles mis notas. Entonces, los abogados sopesan, basándose en las respuestas al cuestionario, si el menor tiene un caso lo suficientemente sólido como para impedir una orden terminante de deportación y obtener un estatus migratorio legal. Si los abogados dictaminan que existen posibilidades reales de ganar el caso en la corte, el paso siguiente es buscarle al menor un representante legal.

Pero un procedimiento en teoría simple no es necesariamente un proceso sencillo en la práctica. Las palabras que escucho en la corte salen de bocas de niños, bocas chimuelas, labios partidos, palabras hiladas en narrativas confusas y complejas. Los niños que entrevisto pronuncian palabras reticentes, palabras llenas de desconfianza, palabras fruto del miedo soterrado y la humillación constante. Hay que traducir esas palabras a otro idioma, trasladarlas a frases sucintas, transformarlas en un relato coherente, y reescribir todo eso buscando términos legales claros. El problema es que las historias de los niños siempre llegan como revueltas, llenas de interferencias, casi tartamudeadas. Son historias de vidas tan devastadas y rotas, que a veces resulta imposible imponerles un orden narrativo.

«¿Por qué viniste a los Estados Unidos?». Las respuestas de los niños varían, aunque casi siempre apuntan hacia el reencuentro con un padre, una madre, o un pariente que emigró a los Estados Unidos antes que ellos. Otras veces, las respuestas de los niños tienen que ver no con la situación a la que llegan sino con aquella de la que están tratando de escapar: violencia extrema, persecución y coerción a manos de pandillas y bandas criminales, abuso mental y físico, trabajo forzoso. No es tanto el sueño americano en abstracto lo que los mueve, sino la más modesta pero urgente aspiración de despertarse de la pesadilla en la que muchos de ellos nacieron.

* * *

El tráfico avanza, pesado y lento, mientras cruzamos el puente George Washington desde Manhattan hacia Nueva Jersey. Volteo a ver a nuestra hija, que duerme en el asiento trasero del coche. Respira y ronca con la boca abierta al sol. Ocupa el espacio entero del asiento, desparramada, los cachetes colorados y perlas de sudor en la frente. Duerme sin saber que duerme. Cada tanto me volteo a verla desde el asiento del copiloto, y luego vuelvo a estudiar el mapa; un mapa demasiado grande para ser desplegado en su totalidad. Detrás del volante, mi marido se ajusta los lentes y se seca el sudor con el dorso de la mano.

Es julio de 2014. Vamos a manejar, aunque aún no lo sabemos, desde Manhattan hasta Cochise, en el sureste de Arizona, muy cerca de la frontera entre México y Estados Unidos. Llevamos unos meses esperando a que nos aprueben o nieguen la solicitud que hicimos para obtener el permiso de residencia permanente, o Green Card, y mientras esperamos no podemos salir del país.

Según la terminología de la ley migratoria estadounidense, ligeramente ofensiva, durante los tres años que llevábamos viviendo en Nueva York, habíamos sido «non-resident aliens» (en traducción literal «alienígenas sin residencia», y, en traducción más exacta, «extranjeros sin residencia permanente»). «Aliens» es como se les llama a todas las personas no estadounidenses, sean residentes en el país o no. Hay, por ejemplo, «illegal aliens», «non-resident aliens» y «resident aliens». Ahora éramos «pending aliens», dado que nuestro estatus migratorio estaba irresuelto, aún pendiente. Por entonces bromeábamos, un tanto frívolamente, sobre las posibles traducciones al español de nuestra situación migratoria intermedia. Éramos «alienígenas en busca de residencia», «escritores buscando permancia», «permanentes alienígenas», «mexicanos pendientes». Sabíamos en lo que nos estábamos metiendo cuando decidimos pedir la Green Card: los abogados, el costo económico, los largos meses de incertidumbre y espera, y el impedimento legal, sobre todo, para salir del país mientras esperábamos respuesta a nuestras solicitudes.

Cuando por fin las enviamos, hubo unos días extraños, circunspectos, como si al depositar ese sobre en el buzón de correos nos hubiéramos dado cuenta, de golpe, de que habíamos llegado a vivir a un nuevo país, aunque en realidad ya llevábamos varios años viviendo ahí. Supongo que por primera vez nos hicimos, cada quien a su manera, la primera pregunta del cuestionario: «¿Por qué viniste a los Estados Unidos?». No teníamos una respuesta clara, pero decidimos que si nos íbamos a quedar a vivir en Estados Unidos, tendríamos al menos que conocer mejor el territorio. Así que en cuanto llegó el verano compramos mapas, rentamos un coche, hicimos *playlists* y salimos de Nueva York.

* * *

El cuestionario de solicitud para la Green Card no se parece en nada al cuestionario de admisión para niños indocumentados. Cuando solicitas una Green Card hay que responder preguntas como: «¿Tiene usted la intención de practicar la poligamia?» o «¿Es usted miembro del Partido Comunista?» o incluso «¿Alguna vez ha usted incurrido, a sabiendas, en un crimen de bajeza moral?». A pesar de que nada debe ni puede ser tomado a la ligera cuando pides permiso para vivir en un país que no es el tuyo, pues estás siempre en una posición vulnerable, y más aún tratándose de Estados Unidos, es inevitable ignorar el tono casi enternecedor de las preocupaciones del cuestionario de la Green Card y sus visiones de las grandes amenazas del futuro: libertinaje, comunismo, flaqueza moral. El cuestionario tiene la inocencia de lo retro, la obsolescencia de ideologías pasadas, y recuerda la calidad granulosa que tenían las películas sobre la Guerra Fría que veíamos en formato Beta. El cuestionario de admisión para los niños indocumentados, en cambio, es frío y pragmático. Está escrito como en alta resolución y es imposible leerlo sin sentir la creciente certidumbre de que el mundo se ha vuelto un lugar mucho más jodido.

* * *

Antes de la primera pregunta formal del cuestionario para niños indocumentados, el intérprete que los entrevista tiene que llenar un formulario con los datos biográficos esenciales del menor: nombre, edad, país de nacimiento, nombre de su guardián en los Estados Unidos, y nombres de las personas con las que el menor vive actualmente, si se trata de alguien distinto que el guardián.

Unas líneas más abajo, dos preguntas flotan sobre la página como un silencio incómodo, seguidas por espacios vacíos:

¿Dónde está la madre del niño/a? _____ ¿el padre?

* * *

A medida que avanzamos por el país, siguiendo el mapa enorme que a ratos saco de la guantera, el calor del verano se vuelve más seco, la luz más delgada y blanca, los caminos más remotos y solitarios. Llevamos unos días, durante nuestros largos trayectos hacia el oeste, siguiendo una historia en las noticias de la radio. Es una historia triste, que nos va afectando en un lugar profundo, pero que a la vez resulta distante, por inimaginable: decenas de miles de niños que emigraron solos desde México y Centroamérica han sido dete-

nidos en la frontera. No se sabe si van a ser deportados. No se sabe qué va a pasar con ellos. Viajaron sin sus padres, sin sus madres, sin maletas ni pasaportes. ¿Por qué vinieron a Estados Unidos?

* * *

Luego viene la segunda pregunta del cuestionario de admisión: «¿Cuándo entraste a los Estados Unidos?». La mayoría de los niños no saben la fecha exacta. Algunos sonríen y otros se ponen serios. Dicen: «el año pasado» o «hace poco» o simplemente «no sé». Todos huyeron de sus pueblos o ciudades, caminaron kilómetros, nadaron, corrieron, durmieron escondidos, montaron trenes y camiones de carga. La mayoría se entregó a la Border Patrol al cruzar la frontera. Todos llegaron buscando algo o a alguien. ¿Buscando qué? ¿Buscando a quién? El cuestionario no hace esas otras preguntas. Pero pide detalles precisos: «¿Cuándo entraste a los Estados Unidos?».

* * *

Mientras nos acercamos al suroeste del país, empezamos a coleccionar periódicos locales. Se acumulan en el piso del coche, en los asientos traseros y frente al asiento del copiloto. Buscamos estaciones de radio que cubran la noticia. Algunas noches, en moteles, hacemos breves búsquedas por internet. Hay preguntas, especulaciones, opiniones, teorías: una inundación abrupta –y efímera– en todos los medios. ¿Quiénes son estos niños? ¿Dónde están sus padres? ¿Qué va a pasar con ellos? No hay ninguna claridad, ninguna certidumbre en la cobertura inicial de la situación, aunque para describirla pronto se acuña el nombre: «Crisis Migratoria Estadounidense 2014». Eso se dice: es una crisis migratoria. Otros empezarán a argumentar en contra del término «crisis migratoria» y a favor del término más apropiado «crisis de refugiados».

Naturalmente, las posturas políticas de las distintas publicaciones y medios varían: algunos denuncian de inmediato el maltrato a los niños migrantes a manos de la Border Patrol; otros elaboran explicaciones complejas e incluso lúcidas sobre los orígenes y causas del aumento repentino de las cifras de menores haciendo el viaje solos. Algunos medios respaldan las protestas en su contra.

La palabra «ilegales» impera sobre la palabra más precisa, «indocumentados». Un pie de foto en una página de internet explica así un retrato inquietante de un grupo de personas sosteniendo banderas y rifles en lo alto: «Los manifestantes, ejerciendo su derecho a portar armas y mostrando su consternación, se congregan fuera del Wolverine Center en Vassar, Michigan, que podría llegar a albergar

a jóvenes ilegales». Otra imagen de Reuters muestra a una pareja de ancianos sentados en sillas de playa sosteniendo pancartas que rezan, en inglés: «Ilegal es un crimen». El pie de foto explica: «Thelma y Don Christie, de Tucson, se manifiestan en contra de la llegada de migrantes indocumentados al poblado de Oracle, Arizona». Me pregunto qué pudo haber pasado por las mentes de Thelma y Don cuando metieron en su cajuela sus sillas de playa esa mañana en Tucson. Me pregunto de qué conversaron mientras manejaban los ochenta kilómetros al norte, hacia Oracle, y si escogieron un pedacito de sombra para poder sentarse cómodamente y sacar sus pancartas: «Ilegal es un crimen». ¿Anotaron en su calendario la frase «Manifestación contra ilegales» a un lado de «Misa» y justo antes de «Bingo»?

* * *

Algunos periódicos anuncian la llegada de los niños indocumentados como se anunciaría una plaga bíblica: ¡Cuidado! ¡Las langostas! Cubrirán la faz de la tierra hasta que no quede exento ni un milímetro –estos amenazantes niños y niñas de piel tostada, de ojos rasgados y cabellera de obsidiana. Caerán del cielo, sobre nuestros coches, sobre nuestros techos, en nuestros jardines recién podados. Caerán sobre nuestras cabezas. Invadirán nuestras escuelas, nuestras iglesias, nuestros domingos. Traerán consigo su caos, sus enfermedades contagiosas, su mugre bajo las uñas, su oscuridad. Eclipsarán los paisajes y los horizontes, llenarán el futuro de malos presagios y colmarán nuestra lengua de barbarismos. Y, si dejamos que se queden aquí, a la larga, se reproducirán.

Leemos periódicos, revisamos páginas de internet, escuchamos la radio y tratamos de responder a las preguntas de nuestra hija. Nos preguntamos si las reacciones de la gente serían distintas si, por ejemplo, estos niños fueran de un color más claro, si fueran de «mejores» nacionalidades y genealogías más «puras». ¿Los tratarían más como personas? ¿Más como niños?

* * *

En un restorán de carretera en Roswell, Nuevo México, escuchamos un día el rumor de que cientos de niños, algunos viajando solos y otros con sus madres, van a ser deportados de vuelta a Honduras en aviones privados, financiados por un millonario. Aviones llenos de «aliens». Confirmamos parte del rumor en un periódico local: en efecto, dos aviones van a partir de un aeropuerto cercano al famoso museo de ovnis de Roswell, al que nuestra hija se había empeñado en ir. El término «alien», que hace apenas unas semanas, aplicado a

nosotros mismos, nos hacía reír y especular sobre nuestra situación migratoria, se nos revela de pronto bajo una luz distinta. Es extraño cómo algunos conceptos pueden erosionarse tan repentinamente, volverse polvo puro. Las palabras que alguna vez se usaron a la ligera y con cierta irresponsabilidad pueden, de pronto, transformarse en algo venenoso y tóxico: *aliens*.

Al día siguiente, al salir de Roswell, buscamos alguna noticia sobre lo que ocurrió con esos primeros deportados del verano. Encontramos sólo unas líneas en un reporte de Reuters sobre la llegada de los niños a San Pedro Sula, líneas que parecen el comienzo de un relato de lo absurdo de Mikhail Bulgakov o Daniil Kharms: «Luciendo contentos, los niños deportados salieron del aeropuerto bajo un cielo nublado y una tarde abrasadora. Uno por uno, se subieron a un autobús, jugando con globos que les habían sido obsequiados». Reparamos un momento en el adjetivo «contentos», y en la esmerada descripción del periodista sobre el clima de San Pedro Sula: «cielo nublado», «tarde abrasadora». Pero la imagen de la que no conseguimos desprendernos, la que se reproduce una y otra vez en algún fondo oscuro de nuestra imaginación, es la de los niños sosteniendo esos globos ominosos.

* * *

En los largos tramos de carretera, cuando nuestra hija va despierta en el asiento trasero, exige atención, pide botanas. Pero sobre todo pregunta:

¿Cuánto tiempo falta?

Una hora –decimos, aunque falten siete.

Para pasar las horas, para entretenerla, le contamos historias sobre el viejo oeste, cuando algunas partes de esa región de Estados Unidos todavía le pertenecían a México. Yo le cuento sobre el Batallón de San Patricio, el grupo de soldados irlandeses, católicos, que habían migrado a Estados Unidos para pelear en el ejército como carne de cañón, pero que se cambiaron de bando para luchar del lado de los mexicanos durante la intervención estadounidense de 1846. Su papá le cuenta sobre Gerónimo, Cochise, Mangas Coloradas y los demás apaches chiricahua: los últimos pobladores del continente en rendirse a los carapálidas. Cuando esos últimos chiricahua se rindieron, en 1886, después de años y años de batallas tanto contra los soldados Bluecoats, del lado estadounidense, como contra el ejército mexicano, terminó por fin el largo proceso de implementar la «Indian Removal Act», aprobada por el congreso estadounidense en 1830, que consistió en exiliar a los indios americanos a las reservas. Es curioso –o, más bien, es siniestro– que todavía hoy en día se utilice la palabra «removal» para referirse a las de-